

TERCERA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

LIBRO VII.

Los tiempos bárbaros.

LA invasion de los bárbaros fué para la religion, como para los pueblos que vivian en la molicie y civilizacion á la sombra de las águilas romanas, una época de terror, de duelo y de lágrimas, una noche de sangre alumbrada por el resplandor lejano de los incendios, horrorosa con el choque de las espadas, y el correr de los guerreros, quienes tomaban por sí mismos el espantoso título de azotes de Dios. Cuando el ruido de esta gran marcha de hombres hubo cesado, y que se pudo distinguir alguna cosa á través del humo de las conflagraciones, y la polvadera de los campos de batalla, vióse que la Europa habia cambiado de aspecto. Los sajones ocupaban la fértil Inglaterra, los francos se habian apoderado de las Galias, los godos de la España, y los lombardos de la Italia. No quedaba ni el menor vestigio de las ciencias, de las artes, de las instituciones civiles

y políticas del poderoso pueblo de Rómulo; la barbárie lo había invadido todo, y todo había desaparecido delante de ella. Por todas partes observábanse nuevas formas de gobierno, nuevas leyes, nuevas costumbres, una sola cosa había resistido esta transformación general: el cristianismo, que debía consolar á los vencidos y humanizar á los vencedores.

El culto de María, debilitado algun tiempo por el arrianismo, que dominó fatalmente despues de la invasion de los godos y de los vándalos, floreció de nuevo bajo las banderas victoriosas de los francos. Clovis, que era el solo rey católico de su tiempo, concibió el designio de fabricar, bajo la invocacion de Nuestra Señora, y en la parte oriental de la ciudad, una iglesia metropolitana, de la cual él mismo colocó la primera piedra y que su hijo Childeberto concluyó (1). Esta iglesia, fabricada en el lugar de un templo de druidas, fué adornada de columnas de mármol, de frescos, un fondo de oro, y de un pavimento de mosaico. El poeta-obispo Fortunato, alaba sobre todo los cristales que esparcian en el interior una grande claridad; estos cristales eran un lujo importado de la Grecia y de la Italia, que no hacia sino introducirse en las Galias (2).

Clovis I hizo fabricar á nuestra Señora de Argenteuil, donde la princesa Teodora hija del emperador Carlomagno, tomó el velo, despues de haber acompañado á su padre á Italia; esta abadía que estaba entonces en medio de los bosques, fué arruinada por los normandos, y reedificada con magnificencia por la piadosa reina Adelaida, muger de Hugo-Capeto, que se complacia en adornar los altares con bellas obras trabajadas de sus manos.

Los otros príncipes merovingios, sin exceptuar el mismo Chilpérico, el esposo sanguinario de Fredegunda, consagraron á la Virgen Santísima un gran número de capillas y de abadías. Radegunda, hija de Berthero, rey de Thuringa, la esposa santa y abandonada del rey Clotario, pidió llorando sobre su lecho de muerte, que se la enterrase en la iglesia, aun no concluida, de Santa María, que ella entonces hacia fabricar en Poitiers: esta misma piadosa princesa, que rehusó tomar de nuevo la corona de reina, que su feroz y voltario esposo la ofrecia, fundó en Neustrie, cerca de un manantial druidico que los galos de su

época se obstinaron aún en adorar secretamente, la iglesia de Nuestra Señora de Cailloville, que fué adornada de tantos santos é imágenes, que con la mejor buena fé se la comparaba al paraiso. De la iglesia merovingia nada queda, si no es la fuente que vierte siempre en el mismo lugar sus aguas bienhechoras, y adonde se viene desde muy lejos para buscar la salud. Cuando el agua está calma y reposada, puédesse ver aún sobre las baldosas que sirven de fondo á la fuente de Nuestra Señora, la imagen de Santa Radegunda, con esta inscripcion: "Rogad por nosotros."

Otra esposa de Clotario I, la reina Waltrada, y una hija de este rey, la princesa Engeltrada, fundaron en Tours, hácia el año de 600, una bella abadía con el título de Nuestra Señora del Escrignol ó del Ecrin; en la cual, probablemente, emplearian estas princesas todas sus joyas (3), y muchas doncellas del mas alto nacimiento se encerraron con ellas en este monasterio, hasta que fué destruido por los normandos.

Gregorio de Tours nos cuenta, que habia entonces en la capital de la Turena, una iglesia de Nuestra Señora, cuya santidad era tremenda; en las circunstancias mas solemnes jurábase con la mano sobre el altar, y era fama que los perjuros morian en el mismo año (4).

La real compañera de Clovis II, Bathilde, esta bella y santa princesa, que fué la perla de aquellos tiempos bárbaros, fundó la soberbia abadía de Chelles, donde se retiró cuando hubo terminado su gloriosa regencia; esta abadía situada en medio del espeso bosque donde Chilpérico habia encontrado la muerte, fué colocada bajo la invocacion de la Virgen Santísima. Una gran dama de la corte merovingia, Lutruda, muger de Ebroin, aquel célebre mayordomo de palacio, sobrenombrado el Mario de los francos, porque para llegar al poder absoluto tomó la máscara popular, fundó despues de la muerte de su terrible esposo, la espléndida abadía de Nuestra Señora de Soissons, que fué inaugurada por San Dronisino. Seis princesas carlovingias gobernaron sin interrupcion esta abadía durante ciento cuarenta y cinco años. En aquel tiempo se miraba á Nuestra Señora de Soissons, como la flor de los monasterios religiosos del imperio franco, y las hijas de las mas grandes familias tomaban allí el

velo. La afluencia llegó á ser tal, que fué necesario poner límites; á ruego de la abadesa Imma, Carlos el Calvo fijó el número de religiosas en doscientas seis. Este príncipe mandó tambien establecer delante de la puerta del monasterio, una hostería y un limosnero para los viajeros. Todo respiraba la piedad en esta opulenta casa: el oficio divino jamás se interrumpía, y las noches enteras velábase ante el Santísimo Sacramento. Cuando el rey estaba en el ejército, ó que su vida corria algun peligro, el número de religiosos que pasaban la noche delante del Señor era mas considerable que de costumbre. Siguiendo el uso de los tiempos feudales, este monasterio debia enviar al ejército su contingente de soldados. Su importancia disminuyó con la del imperio franco; pero dos reliquias de Nuestra Señora atrajeron allí durante toda la edad media un gran concurso de peregrinos de todos los paises. Entretanto, ya nada queda sino algunas bóvedas de aquel claustro merovingio.

Una princesa austriaca, Pletruda, esposa de Pepino de Héristal, fabricó tambien, en tiempo de la primera raza, la iglesia de Nuestra Señora de Colonia, que subsiste aún.

Pero de todas las fundaciones piadosas en honor de la Virgen Santísima, que se remontan á estos tiempos atrasados, no hay ninguno que recuerde un hecho mas dramático que aquel de Nuestra Señora de Tréves, en el antiguo pais de Tongres, la patria de los francos, que hacia entonces parte del ducado de Austria. ¿Quién no recuerda esa leyenda popular de Genoveva de Brabante? ¿De esa leyenda que ha sido referida por tantos trovadores y menestrales en las salas de armas de los poderosos barones del tiempo feudal, y cuyas estampas el pueblo de las cabañas pega aún á su mugriento hogar, despues de mas de mil años, cantando siempre en sus veladas la demanda gótica que encantaba á la corte de Carlomagno? Aquella historia de los siglos bárbaros, testificada por un monumento, recuerda una cosa verdaderamente trágica, un drama verdadero, de donde Shakspeare sacó, quizá porque á él le gustaba sacar de las viejas crónicas, los dos mas grandes caracteres que ha producido: Yago, calumniador y traidor á la vez; y Othello, el héroe de espíritu crédulo y corazon envidioso. Sifredo, palatino de Tréves, se arranca con dolor de los brazos de una esposa á quien

adoraba, para ir á combatir á los moros bajo el glorioso estandarte de Carlos Martel. Golo, primer criado del palacio del príncipe, es decir, uno de sus principales señores, á quien él habia confiado la custodia de su jóven esposa, un espejo de virtud, una perla de belleza, concibió por la santa y encantadora princesa una pasion audáz que la declara con insolencia; rechazado con el desprecio que merecia su traicion, el indigno favorito que habia meditado á sangre fria la deshonra de un hombre que le amaba, no vacila en calumniar bajamente á la muger que no habia podido corromper, porque todas las cobardias son hermanas. Sifredo le creyó, estaba lejos, amaba locamente á su muger, estaba envidioso; en el primer ímpetu de una indignacion que encontraba legitima, condena á morir á Genoveva y á su hijo; pero los criados á quienes él habia encargado de ejecutar la sentencia, no tuvieron valor para desempeñarla, y la princesa belga se interna en el bosque lleno de bestias feroces con su hijo, á quien alimenta la leche de una cierva salvaje. Durante seis años, la esposa inocente y calumniada vivió de raíces y frutos amargos, pidiendo con lágrimas incesantes á Dios que su inocencia fuese reconocida. La Virgen misericordiosa, enternecida de tantas lágrimas y de tanta desgracia, se le presenta un dia á la orilla de una fuente y la ofrece lo que pedia. Poco despues, durante una partida de caza, Sifredo que queria siempre á su muger y que nada habia podido consolarle de su pérdida, la encuentra en el fondo de una cueva, cubierta de harapos miserables, y no teniendo otro velo que sus largos cabellos. Golo confesó su infamia, y fué descuartizado por cuatro toros salvajes del Bosque Negro. Concluido este acto de severa justicia, Genoveva hizo erigir una iglesia en honor de María, en medio de los bosques donde habia vagado durante tan largo tiempo y en el lugar mismo donde la Madre de Dios se le habia aparecido. Hidolfo, arzobispo de Tréves, consagró esta iglesia en el año de 746 (5).

No obstante estas señales de veneracion tributadas á la Virgen, seria desfigurar la historia pintar su culto como si hubiese llegado á su mas alto periodo bajo la primera raza de nuestros reyes: este culto, para hablar así, no estaba sino en su aurora. Las devociones locales absorbian á los señores y á la

plebe: san Martín de Tours, san Dionisio, san Gerónimo, san Hilario eran el objeto de una veneracion enteramente tan esclusiva que fuera de Nuestro Señor, todo estaba arrinconado en la sombra. Solo los altares de estos santos estaban embutidos de oro, solo sus tumbas eran las que se cubrian de planchas de plata, solamente bajo las bóvedas de sus iglesias *romanas* se suspendian en *ex voto*, los vestidos tejidos de oro y bordados de perlas (6). La blanca imagen de María, las grandes figuras de los apóstoles, el ejército de los mártires, desaparecian ante los primeros obispos galos. Tambien un impostor del nombre de Didier, que quiso establecer una secta en el siglo VI, se llamaba con una ingenuidad audaz *mas grande* que los apóstoles y *casi santo* como San Martín (7). Este modo de obrar, que nos causa alguna sorpresa, venia de la estension de las lúces; era porque las leyendas estaban antes que el Evangelio, y que la ignorancia que no ha sido sino un mal, no se detenia siempre al umbral de los templos cristianos; esto es por lo que los sucesores de los Basilio, de los Ambrosios, de los Crisóstomos, merecian que Alfredo el grande dijese de ellos con un triste desaliento: "desde el Támesis hasta el Humber, ninguno comprende el *Pater*, y en el resto de la isla es peor aún." (8)

La Galia no se convirtió enteramente al Evangelio bajo los reyes merovingios; los francos habian completamente abjurado sus feroces divinidades germanas, pero aun quedaban algunos vestigios del politeismo en medio de los romanos de las ciudades, que continuaban en deducir augurios del vuelo ó del canto de los pájaros, en festejar el jueves en honor de Júpiter, en jurar por Neptuno, Pluton, Diana, ó los génius; en fin, hasta osaban encender lámparas en los templos abandonados de los ídolos y en suspender ofrendas, como se lo reprochaba San Eloi en sus Homilias. Estos débiles retoños de la idolatria griega y romana, se secaron muy pronto ellos mismos sobre la tierra que no queria nutrirlos; pero el culto de los celtas, como lo hemos dicho ya en el capítulo antecedente, resistió con todas sus fuerzas al hacha sacerdotal y tardó siglos en morir. En el IV veíase aún pasear en los campos la imagen de la diosa Bericinthia, que representaba la tierra trabajada. En el V, un canon del segundo concilio de Arles, dice que si un señor castellano

deja encender antorchas delante de los árboles, de las fuentes ó de las piedras, será separado de la comunión de los fieles, despues de haber sido amonestado al momento y solemnemente informado. Al fin del siglo VI el concilio de Auxerre prohibe hacer votos á las breñas, á los árboles ó á las fuentes (9). En un concilio de Nantes, cuya fecha fija Flodoardo en el año 658, se manda á los obispos hacer arrancar aquellos árboles; á los que el pueblo breton persistia en tributar un culto supersticioso, y por los que tenia aún tanta veneracion que no osaba cortar una de sus ramas. El sacerdote Paulino nos presenta estos mismos galos, que habian vuelto á hacerse ídólatras con la mayor sencillez unas veces sirviendo manjares sobre las piedras sagradas que se encontraban al pié de estos árboles, otras con la humilde ofrenda de un puñado de fabuicos (10), rogando á un antiguo roble, que servia quizá de sepultura á algun antiguo jefe druida escondido bajo su corteza, que tomase bajo su proteccion sus mugeres, sus hijos, sus criados y sus casas (11). Las capitulares de Carlo Magno imponian tambien penas severas contra estas supersticiones, que habian sobrevivido á la dinastía de Meroveo (12), lo que prueba que bien valia la pena de ocuparse de ella en los primeros años del siglo IX. En las dos Armóricas, oriental y occidental, era sobre todo donde el Evangelio, sembrado demasiado tarde, crecia con relativa lentitud; y por esto tambien el culto indígena, favorecido por sus bosques tan antiguos como el mundo, se mantenía á pesar de los concilios y de los obispos, que empleaban por lo mismo todos sus esfuerzos para estirparlo. El desierto de Seyey, en la península de Cotentin, estaba aún poblado en el siglo VII, de galos ídólatras, que vivian, dicen los cánones de algunos concilios de aquel tiempo, positivamente *como bestias salvajes*. Pero si la idolatria, sostenida por los bardos, los adivinos, y algunos druidas errantes en los bosques, estaba obstinada, el celo cristiano tenia el ardor que era necesario para vencerla, y lo probó. En el fondo de estas soledades perdidas, reputadas como el asilo de los demonios, y en donde se veian cosas verdaderamente estrañas cuando las antorchas resinosas de los galos que marchaban de noche á alguna ceremonia prohibida, enrojecian por debajo las hojas de las grandes

encinas; entonces formábase una sabana de llamas al rededor de los *dolmens* negros plantados sobre los matorrales que doraba la luna (13); y allí era donde ermitaños, comunmente de alto nacimiento, venian á establecerse sin temor en pobres cabañas de cesped, que muy pronto cubria la yedra unida al musgo. Sus lechos eran formados de las hojas secas y algunas veces de las mismas cortezas de los árboles; los frutos del laurel, las raíces salvages, su único alimento; una toga de lana tosca, blanca y cerrada toda, como la que llevaba el pueblo romano, su vestido (14). Abriéndose una senda á traves de los helechos tupidos de estos bosques vírgenes, cuyos caminos secretos ignoraban, estos buenos pastores iban buscando por todas partes las ovejas salvages que querian hacer entrar en el rebaño de Jesucristo. Cuando la fama de santidad de uno de estos solitarios se esparcía como las emanaciones suaves y penetrantes del lirio de los bosques, á traves de las antiguas selvas de la Neustria, otros anacoretas corrian á ponerse bajo su disciplina; entonces se desmontaba la tierra enjuta y dura, que los matorrales y las zarzas obstruian tantos siglos; entonces las espigas comenzaban á dorarse sobre el declive de las colinas incultas; entonces, tambien, hacía el caer de la tarde, á la hora en que los pajarillos gorgean en los árboles, los himnos de Sedulio en honor de la Virgen María se levantaban en modulaciones lentas y graves, en los mismos lugares donde en otro tiempo la victima destinada á morir bajo la cuchilla de piedra del Ovate, entonaba su canto de muerte para aplacar á los galos (15).

Las mugeres, este seco á la vez tímido é intrépido, que experimenta todos los temores y arrostra todos los peligros, quisieron contribuir por su parte á la muerte del paganismo, y vinieron á descansar, cual una bandada de blancas tórtolas, á la sombra de los bosques idólatras aún, bajo la proteccion de María.

San Fremond, un gran señor fatigado del mundo, y á quien la mitra episcopal va á buscar bajo el techo de paja de una cabaña de anacoreta, y que llora su pobre celdilla en los palacios de los obispos de Cotentin, hizo fabricar en su soledad tan sentida, un monasterio de religiosos, que es uno de los

primeros de que se tuvo conocimiento en la Armórica neustriana, y le añade una bella iglesia que dedica á la Madre de Dios. Este monasterio, fabricado hácia el año 674, fué destruido por los normandos idólatras, y reedificado espléndidamente por sus descendientes, los normandos cristianos.

La vecindad de la Isla Británica, que los anglo-sajones, vencedores de los pueblos indigenas, habian sumergido de nuevo en la idolatría, era funesta á los pastores neustrianos, porque los idólatras de la Gran Bretaña hacian causa comun con los galos y los fortificaban en su resistencia. El Evangelio, favorecido por una princesa merovingia, habia penetrado de nuevo en la isla de los bretones hácia el fin del siglo VI, y se habia establecido allí, gracias á las sabias medidas de Gregorio el Grande; pero este triunfo tan reñido, no era aún sino parcial. Edwin, uno de los príncipes mas poderosos de la heptarquía saxona, tuvo la gloria de asegurarlo. Habiendo, como Clovis, hecho un voto de abrazar el cristianismo si ganaba una victoria sobre los pérfidos reyes del pais de Gales, que habian querido hacerle asesinar, ganada ésta, convocó el *wittena-gemote*, es decir, el gran consejo de los sábios, de los señores, y los guerreros de su pequeño reino, y despues de haberles espuesto los motivos para abjurar de sus antiguos dioses, les pide su opinion.

Era un espectáculo imponente, aquel senado anglo-sajon todo reunido, deliberando sobre el cambio religioso que se le proponia. El rey, jóven, bello y valiente, presidia esta asamblea, la corona en la cabeza, la espada en la mano, segun el uso de aquel tiempo, y envuelto en un largo manto, prendido sobre los hombros; á su lado estaban los sábios de la nacion, los ancianos de sus ejércitos, con vestidos talares y grandes mantos, cubiertos de una gorra de forma frigia; despues los gefes de guerra con el vestido corto y ceñido, onyos cascos redondos y sin vicera estaban adornados de una pluma caída; en sus brazos brillaban pesados brazaletes de oro; de un estrecho cinturón que rodeaba la espalda, colgaba su hacha de armas y su espada; en una mano tenian una lanza y en la otra un broquel redondo sembrado de clavos de oro: en el fondo estaban los sacerdotes cristianos, y el gran sacerdote de los ídolos.

El resultado de esta conferencia nacional, sobrepasó la esperanza de los obispos. El gran sacerdote de las divinidades paganas, fué el primero en declarar que ellas eran impotentes. Un guerrero, un *Thane*, compara la vida de un hombre al paso de un pajarillo, que atraviesa una sala de un solo vuelo (quizá le vió pasar en aquel momento). "Se vé la puerta por la cual entró,—dico el jefe sajón,—tambien la ventana que atravesó para salir; pero ¿de donde viene? ¿á donde va? Este es el emblema de nuestra existencia. Si la nueva fé nos arranca de esta incertidumbre, es necesario apresurarse á adoptarla." (16)

A esto, el rey se declara cristiano; toda la asamblea renunció solemnemente el culto de los ídolos, y el pueblo imitó al senado del príncipe. Esta revolucion religiosa tuvo lugar el año de 620.

Los dioses germanos estaban vencidos en la Gran Bretaña, pero el druidismo vivia aún. Alienta en los viejos bosques insulares, donde los ingleses se tatuaban todavía como los salvajes de la América en todo el siglo VIII, aunque los concilios declaran que esta manía estraña, que habia valido á los escoceses y á los bretones el nombre de Pictos, ó guerreros pintados, era una invencion diabólica (17). El rey Edgar prohibia, por un decreto datado el año de 967, las asambleas supersticiosas llamadas *frithgear*, que se tenian al rededor de las piedras druídicas, que se adoraban aún en el Northumberland, el Cumberland, Yorkshire, Devonshire, Somersetshire, y sobre todo en el valle de Salisbury (18), el campo de Carnac de los ingleses, donde se encontraba la célebre *stone-henge* (el *chorea giganteum* de los antiguos). Este decreto no fué escrupulosamente obedecido, parece; pues que Canuto, ó Canuto el Grande, se vió obligado á prohibir, hácia el siglo XI, el culto de las piedras de los manantiales y de los árboles. En cuanto á los anglo-sajones, se convirtieron absolutamente sin que quedase vestigio de su antiguo culto; y desde que pudieron remplazar en sus banderas la cruz de Nuestro Señor por el caballo blanco de Hengisto, levantaron á porfia sobre todos los puntos de Inglaterra, conventos, catedrales, iglesias, ermitas y capillas, en honor de la bienaventurada María

(*blessed Mary*), algunas veces sola, otras asociada á alguno de los apóstoles ó de los santos sajones cuando los llegaron á tener. Nada mas sencillo que la mayor parte de estas primeras capillas sajonas. Enormes troncos de árboles tomados á los bosques vecinos, y unidos con el musgo ó el césped mezclado de arcilla, formaban los muros; las paredes del interior, á donde se entraba por un pórtico bajo que decoraban algunas molduras en yeso, estaban revocadas con una tierra gredosa, que recibia cierta especie de pulimento, y sobre la cual se trazaban figuras coloreadas de un dibujo bárbaro (19). En el fondo del pequeño edificio, donde el viento, la lluvia y la luz penetraban reunidas á traves de las rejas de mimbre que servia de vidriera (20), se elevaba sobre un altar en forma de tumba, y cubierta de un tapiz rojo con largas franjas (21), una imagen de la Virgen santísima, en traje de dama sajona. Un mirador, de donde pendia una campana enverdecida, coronaba el techo de paja de la capilla, empenachada enteramente de espadañas. Enfrente de este monumento primitivo, veíase una cruz formada de dos árboles unidos con ramas de sauce y coronada por una guirnalda de yedra ó de box; esta era la señal del cambio de culto, y el trofeo del Caistro sobre Zernebock y sobre Hertha. Un poco mas tarde, los obispos anglo-sajones hicieron venir de Roma pintores, vidrieros, y arquitectos (22); pero las catedrales y las abadías que fabricaron bajo la invocacion de María y de los santos, participaban del gusto basto y poco gracioso que reinaba en esta época tan atrasada.

Cuando Guillermo de Normandía conquistó la Inglaterra, las iglesias anglo-normandas, con sus flechas atrevidas, sus espléndidos campanarios, y sus torres que se estendian en las nubes, vinieron á colocarse con todo el orgullo de su magnífica arquitectura al lado de las pesadas iglesias y de las pobres y rudas capillas de los sajones. Pero ellas, no obstante su falta de elegancia, retenian un encanto poderoso que obraba sobre la multitud subyugada; allí era donde los vencidos se reunian á llorar y á orar. Allí estaba la Virgen que habian venerado en mejores dias; aquella Virgen que, segun la costumbre de aquel tiempo, llevaba su traje nacional, les parecia mas atenta,

mas indulgente, mas dispuesta á socorrerlos en sus recintos religiosos, donde reinaba sobre las tumbas de sus abuelos, y sobre los santos de la vieja Inglaterra.

El cristianismo, que Santiago introdujo en España cuatro años despues de la muerte de Nuestro Señor, segun la antigua tradicion de aquel pais, y que hizo tan rápidos progresos, florecia, mezclado con el arianismo, despues de la invasion de los godos y de los vándalos. El culto de María era allí popular, no obstante que estaba eclipsado entre tanto por el de san Vicente, el gran mártir de Cesar-Augusta, hoy dia Zaragoza, á quien Prudencio ha celebrado en sus versos verdaderamente antiguos, por su forma y su grandeza. Nuestra Señora del Pilar, que no fué en su principio, parece, sino una pobre capilla de toscas piedras y de césped, era ya una iglesia romana objeto de piadosos peregrinages, donde la estátua de la Virgen santísima, desde lo alto de su rica columna de mármol, parecia sonreir al pueblo español arrodillado á sus piés. Nuestra Señora de Toledo, metropolitana de toda la España, cuya fundacion algunos historiadores españoles hacen remontar á los primeros siglos de la Iglesia, habia sido consagrada auténticamente el año de 630, por el rey godo Recaredo, el primer rey de España que ha merecido el título de Católico, pues él fué quien hizo arrojar á los arianos de su reino, despues de haber hecho condenar sus errores en un concilio tenido en Toledo. Pero el santuario de María mas visitado del pueblo español, en los tiempos atrasados cuya historia procuramos ligeramente bosquejar, fué el de Nuestra Señora de Covadonga, en Asturias. Bajo la bóveda natural de esta gruta asturiana, consagrada á María por los antiguos anacoretas que combatian entonces el druidismo en el fondo de los bosques españoles, donde se mantuvieron por largo tiempo (23), la bandera de la independencia, la bandera santa de la cruz, se habia refugiado, como en su último asilo, despues de la batalla de Geniz, que abandonó la España á los kalifas. Abandonando bosque tras bosque, montaña tras montaña, y retrocediendo con una lentitud heroica hasta el monte Antiba, desde donde se descubre el mar de los Cántabros, el último límite de la España, Pelayo, un jóven príncipe de sangre real, la sola esperanza de su patria, se

refugió por algun tiempo, con un puñado de valientes, en esta caverna inaccesible, que la piedad de los montañeses asturianos habia dedicado á la santa Virgen, y á la que decoraba su dulce imagen colocada sobre una piedra que servia de altar. Al entrar el héroe español en este templo salvaje, concibió magníficas esperanzas, y arrodillándose con sus compañeros al pié de la imagen venerada, coloca solemnemente la suerte desesperada de la España bajo la proteccion de *Nuestra Señora de Covadonga*. Tomó el nombre de la Virgen para grito de guerra, y se fortificó en la montaña que ella protegía. La Madre de Dios acogió benignamente los votos del príncipe godo, y le plugo manifestar su proteccion haciendo ganar á los españoles una grande victoria sobre los moros, á quienes mandaba el gobernador musulman, Alcama (24.)

Atribuyendo á la Virgen Santísima esta victoria inesperada, Pelayo para manifestarle su reconocimiento, hizo fabricar cerca de la caverna que penetraba en un costado de la roca viva, y al pié de la cual corría el Auseba, una iglesia con el título de Nuestra Señora de Covadonga (*Nuestra Señora de la Caverna*), donde toda la España vino á orar (25.)

Los descendientes de Clovis *el bello, el cabelludo*, como le llama el prólogo de la ley sálica, habian degenerado de la bravura y de la habilidad de aquel príncipe. La lámpara de los merovingios, ya casi consumida, iba á extinguirse sin arrojar el mas mínimo resplandor; sus reyes indolentes no se mostraban al pueblo sino una vez al año, sobre un carro adornado de verdura y de flores, tirado por cuatro bueyes que conducian al campo de Mayo con un paso tardío y lento estos fantasmas de príncipes, y que el soplo de Carlos Martel podía y se desdén de hacer desaparecer. Eran piadosos, es verdad, y fabricaban muchos monasterios; pero la piedad sola no basta para sostener un cetro: y el de la Francia que es pesado, pide un brazo firme, un corazon intrépido, una cabeza fuerte y un espíritu sábio; los mayordomos de palacio, felizmente para la Europa cristiana, tenian todo aquello, como muy luego se vió en la contienda con el islamismo (26.)

Los moros, amos de la España, habian arrojado desde lo alto de los Pirineos, una mirada de codicia sobre la Francia, el mas

hermoso reino de Occidente; les pareció que sería bueno introducir el islamismo y cambiar las iglesias en mezquitas. Este proyecto fué tan pronto concebido como ejecutado. Las ricas llanuras del Mediodía fueron muy luego cubiertas de un ejército numeroso que robaba los santuarios á su paso y destruía los viejos pedestales, tratando desdeñosamente de ídolos las estatuas de la Virgen y de los santos. Desde los Pirineos hasta el Rhin se tiembla por toda la Francia; las iglesias eran demasiado estrechas para contener las poblaciones arrojadas que iban á pedir á Dios y á su santa Madre ayuda y socorros contra los infieles. Los obispos se armaban; los abades mitrados marchaban al combate bajo la bandera de su abadia. El abate de San Dionisio hacia llevar un oriflama que no era otro que el estandarte de su propio convento. La Aquitania desplegaba la imagen de San Marcial, y Carlos Martel el manto de San Martin de Tours, que era entonces el estandarte real de Francia. Era entonces una verdadera guerra santa; así vemos que aquellos que sucumbieron en esta lucha, fueron colocados en el rango de mártires.

La batalla en que la cimitarra de los moros y el hacha de los franceses iban á decidir de los destinos del mundo, y asegurar el triunfo ó del Evangelio ó del Koran, se dió en las llanuras de Poitiers. Los dos ejércitos se contemplaron desde luego con igual sorpresa; los franceses no podian dejar de admirar aquella brillante caballería oriental, soberbia con tantos triunfos y cargada con los despojos del Africa y del Asia. La tierra retemblaba bajo las pisadas ardorosas de esos corceles árabes que horadaban el suelo con sus cascos y parecian decir: ¡marchemos! como su tipo inmortalizado en la sublime descripción de Job. La vista se deslumbraba con el brillo de los vestidos flotantes de los sarracenos, con la riqueza fabulosa de sus turbantes y los rayos que saltaban de sus corazas y sus bruniadas cimitarras.

El ejército de los franceses, que se habia formado en círculo para la batalla, presentaba á los hijos de Ismael un espectáculo menos nuevo é imponente. Aquellos guerreros ágiles, vestidos de hábitos cortos, y que superaban á los mas rápidos corceles en celeridad; aquella formidable infantería que en sus

maniobras reunia la antigua táctica de las legiones de Roma á la ferocidad de los germanos, y cuyo triángulo erizado de franciscas y de lanzas se avanzaba sobre los escuadrones moros con impetuosidad, pero con un movimiento uniforme, llenaba de sorpresa á los árabes, que se apercebieron muy pronto, dicen los antiguos cronistas, que no se las tenian que haber con los godos degenerados, y que vencer á Carlos era mas difícil que vencer á D. Rodrigo.

La batalla de Jerez que entregó la España á los moros, habia durado ocho dias enteros: la batalla de Tours que salvó la Francia, no duró sino el espacio de un sol. Los árabes cargaron muchas veces sobre el ejército de Carlos Martel, arrojando sus batallones uno tras otro á la refriega, cual se suceden las olas sobre el mar en un dia de tormenta; pero su furia desordenada se estrellaba contra las masas formidables de los franceses, que un portugués, el obispo Isidoro, autor contemporáneo, compara á un muro de hielo contra el cual las nubes de árabes vienen á romperse y fundirse sin dejar el mas leve rastro. En fin, el feroz Abderrama, teniente del Califa de Bagdad, cuya autoridad se estiende hasta la España, cae bajo el hacha poderosa de Carlos. Las sombras de la noche separaron á los combatientes, y al otro dia, cuando las tropas cristianas se precipitaban sobre el campo africano para completar su ruina, lo encontraron desamparado: los moros habian huido para siempre! Entonces cada batallon vencedor fué recibido en su ciudad libertada al son gozoso de las campanas y al canto de los salmos; y oyéronse repetir por todas partes estas palabras de la ley sálica: "¡Honor á Casro, que ama á los francos, proteje sus ejércitos y tiene su reino bajo su amparo!"